

SEGUNDO ACTO: ESCENA SEIS

Los negocios marchaban mal.

El muchacho refunfuñó, sentado al borde del parapeto, mientras balanceaba las piernas en el vacío. Eran las doce de la mañana y bajo él, a unos siete u ocho metros, el mercado de los miércoles estaba en plena efervescencia. La gente iba y venía entre los puestos, arrastrando todavía las consecuencias de la pasada semana de fiestas. Los excesos de las juergas nocturnas y la abundante bebida hacían que los reflejos estuviesen embotados, los ojos legañosos y las lenguas torpes.

En condiciones normales, aquel sería un buen momento para hacer su agosto, vaciando a placer bolsillos y desnudando manos. Pero por alguna extraña razón, la guarnición parecía haber decidido abandonar su afición al alcohol, de modo que los soldados estaban incluidos entre los contados habitantes de Urz que no sufrían resaca. Después del asunto de Mahon y su frustrado intento de ajusticiarlo, el capitán había decidido atarlo en corto y ahora, cada vez que se acercaba al mercado, tenía un par de ceñudos soldados a sus espaldas. Su presencia tenía el mismo efecto que un heraldo con estandarte y corneta, todo el mundo se apartaba de él y mantenía sus bolsas bien agarradas y a salvo.

De modo que había renunciado a trabajar en el mercado, teniéndose que conformar con pequeños hurtos en las tiendas y los patios traseros de las casas. Apenas sí conseguía unos bocados que llevarse a la boca y el dinero de reserva se le estaba acabando. Pronto no podría pagarse el cuartito de la buhardilla donde dormía. Frunció el ceño mientras esbozaba una mueca de desagrado. No le gustaba nada la idea de volver a dormir en la calle.

Había subido todos los días al viejo cementerio, con la vaga esperanza de encontrar a Rhuda, ya que nadie le había vuelto a ver por la ciudad. Sin resultados. Si se tratase de cualquier otra persona, Vanya hubiera pensado que había encontrado el dinero y se había largado. Pero dejando a un lado que estaba completamente tarado, le había dejado en medio de aquella penumbra que rezumaba malignidad. Mucho se temía que su oro estaba ahora en manos de algún demonio y aquel pobre loco...

Descendió del parapeto al camino de un salto y empezó a caminar apresuradamente hacia los campos que rodeaban Urz. No podía quitarse de la cabeza la última imagen que tenía de Rhuda, erguido frente a aquella amenazante oscuridad, con los hundidos ojos verdes centelleantes. Cuando le miró y le gritó, ordenándole que se fuera, la fiera expresión de su rostro y la templada fuerza que exhibía no tenían nada que ver con un pobre idiota. Era como si otra persona hubiera tomado el control de su cuerpo y de su mente.

- ¡Eh, chaval!- un grito irritado le sacó de sus cábalas- ¡Apártate del camino!

Vanya se hizo a un lado precipitadamente mientras el pesado carro, arrastrado por unos bueyes más pesados aún, salía por las abiertas puertas de la muralla, dejando atrás la ciudad. El carretero, un individuo con todo el aspecto de no haber entrado en contacto con el agua desde las últimas lluvias, rezongó algo acerca de cabezas, chorlitos y bajas densidades mientras le miraba de reojo. El crío se encogió de hombros, molesto consigo mismo por haber sido pillado en falta. Un carterista debe estar atento para llevar a cabo su trabajo y últimamente tenía la cabeza en las nubes.

En raras ocasiones había salido del recinto amurallado de Urz, pero en aquellos momentos su inactividad forzada dentro de la ciudad le volvía loco. Cruzó los campos y praderas hasta sentarse en lo alto de un pequeño montículo. Desde allí dominaba una gran distancia de la planicie que conducía a Urz y, al mismo tiempo, podía ver a placer

la ciudad, retrepada en lo alto del cerro. La parte más antigua de la urbe, que incluía el decrepito cementerio y los desastrados barrios de mendigos, estaba en la zona más elevada del risco. A su alrededor, en estratos sucesivos, se extendían los siguientes barrios, con el palacio ducal y sus tejados de cerámica azul reluciendo en el este, muy cerca de las altas murallas.

La totalidad de sus trece años habían transcurrido tras esas piedras. El conocimiento del terreno y del carácter de la gente le había sido muy útil, pero quizás debería cambiar de aires. Si el capitán persistía en olerle el trasero no podría ni hurgarse la nariz sin tener sus ojillos porcinos clavados en la jeta. Sin embargo, era más sencillo decidir que tenía que mudarse que ponerse en camino. Sólo un loco o un mago enloquecido saldrían a los caminos sin una escolta armada o acompañado de un grupo numeroso. Su única opción era que le aceptasen en alguna caravana, pero nadie querría a un ladronzuelo rondando alrededor de sus fardos de mercancías. Siempre podría intentar colarse de polizón, pero si le cogían bien podían azotarle o abandonarle en mitad del páramo, a merced de las bestias, los bandidos o los demonios.

Una abeja zumbó cerca de su oreja y el muchacho agitó una mano distraídamente para alejarla. Un segundo más tarde, sintió un agudo dolor en el dorso. Gritó y miró, mientras el diminuto animal se agitaba en los estertores de muerte, peleando por liberar su aguijón.

- ¡Maldita sea!

La picadura se hinchó rápidamente. Vanya se llevó la mano a la boca, chupando la roncha entre lágrimas, reprendiéndose por haber asustado a la abeja y provocado su ataque. Una súbita agitación se desató sobre su cabeza cuando una bandada de pájaros le sobrevoló, en una cacofonía de chillidos agudos y alarmados. Con un rumor de hierba seca pisoteada, multitud de pequeños animales salieron de los arbustos en una carrera frenética. Con los ojos muy abiertos, el muchacho vio correr anca con anca a enemigos naturales, ajenos unos a la presencia de los otros.

Una sensación ominosa le atenazó la boca del estómago. Vanya se puso en pie, sin saber muy bien lo que estaba buscando, oteando el horizonte. Todo parecía normal... salvo la pequeña nube oscura que se veía allá a lo lejos. Un cúmulo de nubes negras que avanzaba rápidamente en contra de la dirección del viento.

Sus piernas habían decidido emprender una veloz carrera antes siquiera de que su mente registrase lo que pasaba. Tropezando con las irregularidades del terreno, el muchacho se dirigió hacia las puertas, en medio de una nube de enloquecidos insectos que volaban, saltaban y se arrastraban, mientras otros horadaban frenéticamente el suelo. A sus espaldas podía oírse un retumbar creciente, como un trueno, al tiempo que los caballos devoraban la distancia con sus grandes trancos.

Sonaron los cuernos, en un tono agudo por la premura, al tiempo que las enormes puertas empezaban a girar sobre sus goznes, herrumbrosos por el desuso. Vanya sintió un doloroso pinchazo en el costado, la protesta de sus piernas y la quemazón de su respiración apresurada, con la urgencia y el pavor golpeando su mente, conjurando las últimas reservas de energía. Salvó los últimos metros con un sollozo, deslizándose entre las puertas a punto de cerrarse, mientras la tormenta se estrellaba contra las murallas de Urz.

Habiéndose criado en las calles, Vanya había sido testigo involuntario de más de una muerte. Sin embargo, nada podía haberle preparado para aquello.

Las imponentes murallas de Urz, que los duques habían mantenido en buen estado más por razones urbanísticas que defensivas, resistieron el primer asalto, dándoles tiempo a los ciudadanos para sucumbir al pánico. ¿Quién en su sano juicio atacaría una ciudad neutral, que únicamente se dedicaba al comercio? La respuesta la dieron los magos residentes, que entraron en un paroxismo de terror, todos revisando frenéticamente sus libros de hechizos, algunos asiendo con ojos febriles pequeñas dagas de intrincado diseño.

Las murallas se derrumbaron a los pocos minutos, en medio de un estrépito que se confundió con los gritos de la gente. Ellos no gritaron, espoleando a sus caballos a través de los cascotes derrumbados por medio de la magia. Los enormes cascos arrancaron chispas del empedrado, con los jinetes desplegándose por las calles, blandiendo grandes sables.

La resistencia fue inútil, no hubo clemencia. Los soldados se apiñaron en una de las plazas, intentando defenderse de alguna manera, pero pronto se ahogaron en su propia sangre. Los sables y cuchillos velaron sus hojas, los caballos pisotearon los cuerpos y cuando los demonios desmontaron y se desperdigaron por las casa, no hubo un solo rincón en Urz que no se llenase de gritos de dolor y agonía.

Vanya se escabulló por uno de los muchos callejones que constituían la red oculta de Urz. Apretaba con fuerza los labios y, cuando se detuvo un momento para recuperar el aliento, tuvo que esforzarse para no dejar salir el aire en ruidosos jadeos. A su alrededor podía oír las carreras, los gritos, las carcajadas roncadas de los demonios y el sonido ahogado de la carne caliente al abrirse bajo el metal. Y aún así, pese a ese espantoso ruido de fondo, tenía miedo de ser oído, de que alguno de esos engendros reparase en él. Se apretó contra la pared en medio de aquel húmedo y oscuro callejón, el cuerpo tenso y los nervios alerta, sabiendo que tendría que salir de allí. Debía llegar al río y refugiarse en las pequeñas cuevas que jalonaban la orilla, meras madrigueras de animales en las que se había escondido a menudo cuando era más pequeño y huía de los niños mayores.

Se asomó con cautela, atisbando hacia la calle, y le vino a la mente el absurdo pensamiento de que hacía menos de diez días había hecho lo mismo, espiando a la gente en un día de fiesta. Ahora veía los cascotes ennegrecidos de las casas, arrojados allí por la explosión de algún hechizo, y los cuerpos sangrantes de varias personas. Se negó a fijarse en los detalles y se deslizó silenciosamente al exterior, moviéndose con rapidez de un montón de escombros a otro, avanzando paso a paso en dirección este.

De repente dos hombres aparecieron corriendo por una de las calles transversales. Vanya se inmovilizó, mientras los pesados pasos de los demonios atronaban sus oídos. Tres figuras oscuras, portando sables negros, surgieron de la nada desde distintos puntos, rodeando con un movimiento envolvente a los fugitivos.

El muchacho buscó con ansiedad una vía de escape, pero estaba demasiado expuesto. Uno de los hombres se llevó una mano a un zurrón que ceñía su cintura, mientras barbotaba con voz aguda una larga frase. Una furiosa llamarada de fuego azul surgió de sus dedos extendidos, envolviendo a uno de los demonios. El otro hombre, entre tartamudeos, agitó en su mano un puñal. Vanya atisbó por encima del cascote, mientras el olor a carne quemada llenaba el aire.

El fuego se extinguió tan rápido como había aparecido, al tiempo que un gélido viento sacudía los ropajes. El demonio seguía intacto, apenas con alguna voluta de humo alzándose tímidamente de su ropa. Los tres esgrimieron sus armas y se abalanzaron sobre los dos magos. El tartamudo aulló cuando la maldición escupida por

uno de los engendros cuarteó su piel y su carne hasta el hueso. La mano se abrió y el puñal cayó al suelo, con un claro sonido metálico que punteó sus gritos de dolor.

El otro mago hizo un extraño ademán, enarbolando una pequeña pieza de metal entre los dedos. Una luz plateada le rodeó, emitiendo destellos azulados. Su compañero vomitó sangre cuando el puñal se hundió en sus tripas, mientras los hechizos negros de los demonios danzaban sobre el aura blanca, abriendo poco a poco el caparazón protector.

Vanya respiró hondo, con largas bocanadas, todo el cuerpo tembloroso y sacudido por las nauseas. El horror que le transmitían sus sentidos (el olor, los sonidos, lo que sus ojos se negaban a ver) le impulsó a incorporarse y salir corriendo a trompicones, sin importarle en absoluto ser visto.

El latir frenético de su corazón le atronó los oídos, marcando el ritmo de sus zancadas mientras corría sin seguir una dirección determinada. Sólo quería alejarse de aquella calle, de la sensación helada y viscosa que se había aferrado a sus huesos.

La recta dibujada por las casas se abrió de pronto en una pequeña plaza. Ciego a todo salvo al poderoso impulso de la huida, el muchacho se precipitó hacia el otro extremo, hacia la serpenteante calle que nacía en la plaza. De súbito, un latigazo de arrollador dolor sacudió su cuerpo, dejándolo en suspenso durante una eternidad antes de derrumbarle al suelo.

Apenas sintió el golpe de sus huesudas rodillas contra el empedrado. Sus manos se apoyaban en el suelo, sosteniendo a duras penas su peso. Por encima del zumbido que resonaba en su cabeza oyó unos pasos y, un instante después, vio las punteras empapadas en sangre de unas botas, a escasos centímetros de su nariz.

Esperó inmóvil, como un pequeño animal que se sabe acorralado y muerto, antes de que una mano se extendiera y asiera su desaparejo cabello, tirando para hacerle levantar la cabeza.

Era una muchacha, pensó Vanya aturcido, una muchacha de largos bucles rubios y rostro dulce. Sólo la helada mirada de sus ojos y la sonrisa despiadada que curvaba sus labios desmentía la ilusión de candor e inocencia. Incluso el cuchillo de ancha hoja y filo aserrado que esgrimía con soltura en la mano izquierda parecía fuera de lugar, aunque las manchas de sangre en el acero y su camisa decían lo contrario.

Un arrullo ronco salió de los labios de ella, tironeando sin compasión del pelo hasta exponer su garganta. El crío no pensó en resistirse, los ojos vidriosos clavados en los de la muchacha. Eran azules, un azul tan claro que era casi transparente, aunque parecía haber algo detrás que velaba ese color, como una película turbia de limo. Apenas pareció captar como el cuchillo descendía veloz hacia su cuello descubierto.

Algo relampagueó a un lado, un violento fogonazo azul. De pronto estaba libre, tendido de bruces en el suelo, la mejilla apoyada en el empedrado sucio y helado, mientras sobre él se desataba un frenético intercambio de hechizos.

Cuando la curiosidad, esa maldita curiosidad que le había servido tanto para mal como para bien, le impulsó a mirar, la joven gritaba con una voz extrañamente ronca, agitando las manos con violentos aspavientos. Los efectos del conjuro estallaron a su alrededor, unos zarcillos negros que se retorcían sin cesar, deslizándose con la rapidez de una serpiente sobre la piedra irregular y mal cortada. Agudas agujas plateadas llovieron sobre los negros brotes, consumiéndolos.

Una voz sedosa preñada de poder pronunció una única palabra. Vanya sintió en los huesos la magia y, apenas un instante después, unas líneas rojas serpenteantes aparecieron sobre el cuerpo de la joven, emitiendo siseos al tiempo que consumían la tela, pugnando por tocar la carne que había debajo. Ella empezó a gritar, con unos bramidos roncós que pasaron poco después a un tono agudo, el grito de dolor de una

muchacha atormentada. El chaval se estremeció, aquello no era muy distinto de lo que había visto hacer a los demonios, y apretó con fuerza las manos contra los oídos, en un esfuerzo por no oírlo. El cuerpo de la joven se agitó, en espasmos cada vez más violentos que la arrojaron al suelo, sin dejar de aullar. Las líneas rojas habían consumido las ropas y llegado a la carne, dibujando sobre la piel símbolos y trazos cambiantes. Hasta que los gritos y el movimiento cesaron y una brusca exhalación salió de los labios rígidos.

Vanya notó como un gran peso desaparecía de sus hombros. No podía creer que todo hubiera acabado y él siguiera con vida. Su misterioso salvador le adelantó y se inclinó sobre el cuerpo desnudo e inerte, asiendo con delicadeza la suave barbilla. Luego, antes de que el muchacho pudiera extrañarse por sus gestos, desenvainó una daga y la degolló con un movimiento rápido y decidido de la mano.

-¡No!- el grito salió involuntariamente de sus labios. Vanya intentó incorporarse, sin poder apartar los ojos de la joven tendida. Le habría matado sin titubear pero había algo que le repugnaba profundamente en el hecho de matar a alguien indefenso a sangre fría- ¿Por qué...?

Enmudeció de pronto, cuando el cadáver empezó a agitarse y consiguió semiincorporarse. La sangre salía a borbotones de la herida pero, aún así, los rasgos del rostro se crisparon en una mueca de fiero odio mientras de los labios ensangrentados brotaban unas palabras ininteligibles, que se apagaron poco a poco hasta que el cuerpo volvió a caer.

-Ya está, no tienes que preocuparte más...

Vanya se puso en pie torpemente y miró a su salvador. Le daba la espalda y sólo podía ver la amplia y desastrada capa y una desordenada melena negra. Cuando el desconocido se volvió, el muchacho se encogió temeroso... y apenas pudo creer lo que veía. ¡Era Rhuda! Tan zarrapastroso como cuando le conoció, pero erguido en toda su altura, asiendo en una mano una vara de madera con incrustaciones de metal y su expresión... El permanente rictus de feliz indiferencia había dejado paso a una aguda inteligencia en sus ojos, a una serena calma y control de la situación. Parecía otra persona, totalmente alerta y consciente, y hubiera podido salir corriendo de puro pavor si sus piernas no temblasen tanto ¿Qué pasaba allí? ¿Qué tipo de embrujo era ese?

- Vanya... Está todo bien, no te preocupes chico...

- ¿Bien?- hizo un vago gesto, refiriéndose tanto al cadáver de la joven como al resto de Urz- Y luego tú...tú...

Rhuda suspiró, comprendiendo perfectamente la mezcla de miedo y desconcierto que experimentaba el muchacho. Podía sentirlo, pero también sabía que lo que acababa de hacer no pasaría desapercibido para el resto de demonios que había en la ciudad. Había matado a un anfitrión y devuelto a su parásito al infierno. No tardarían en acudir para averiguar lo que había ocurrido y debía estar preparado para hacerles frente.

- Te lo explicaré más tarde, Vanya- avanzó hacia él con rapidez. Una vibración helada y untuosa en el borde de su percepción le indicaba que se acercaban- Ahora no hay tiempo. Vienen más.

El rostro zorruno del muchacho se heló en una mueca de puro pavor. Rhuda se encogió levemente cuando la oleada de horror y angustia le alcanzó, pero sujetó al crío por el hombro y lo forzó a acercarse.

- Sujétate a mí y no me sueltes, ¿entiendes? Pase lo que pase no me sueltes y todo irá bien...

Vanya asintió, tragando a duras penas el nudo que le agarrotaba la garganta. Se aferró con desesperación a su camisa, rogando porque no estuviera tan apolillada como parecía, con los nervios de punta y aguardó, casi sin atreverse a respirar. Dio un

respingo cuando Rhuda apoyó su mano libre en su hombro, apretándolo contra su costado, pero ese gesto consiguió serenarle lo suficiente como para contener los sollozos de miedo y desesperación cuando la pequeña plaza se llenó por ensalmo de varios hombres y mujeres, todos armados, todos emanando de alguna forma que no acertaba a comprender malevolencia y ansias asesinas.

Rhuda ni siquiera se paró a observar a sus adversarios. Aferrando con fuerza la vara, la esgrimió frente a su rostro, pronunciando con aplomo una larga frase. Las incrustaciones de metal parecieron encenderse hasta un blanco azulado, la madera se tornó roja bajo su mano y una red de rayos ambarinos los encerró a ambos en un apretado capullo, escudándolos de los hechizos y los ataques armados de la docena de demonios que habían tomado la plaza.

El fulgor que les rodeaba aumentó. Vanya esperó que de un momento a otro Rhuda utilizase esas líneas rojas que habían vencido al otro demonio, sin poderse resistir a atisbar entre la cortina dorada que les protegía. Su corazón se saltó dos o tres latidos cuando reconoció a uno de sus atacantes. Era el mago que había visto debatirse contra los demonios apenas media hora antes.

Rhuda dio dos golpes contra el suelo con el extremo de su bastón, pronunciando con gesto autoritario otra larga serie de palabras. De inmediato el capullo ambarino se desplegó, en una enloquecida serie de relámpagos que atronó la plaza. Los rayos salieron despedidos con furia hacia los demonios, atrapándolos a todos en pequeñas esferas de luz.

Vanya hubiera esperado oír de nuevo los gritos y las maldiciones... pero sólo podía escuchar un fuerte chisporroteo y la voz de Rhuda, un murmullo grave que parecía marcar las contracciones de los cepos mágicos, sus cambios de color, del dorado al rojo, del rojo al blanco, del blanco a un intenso morado... Hasta que el hombre cesó en su letanía y se apoyó agotado sobre el hombro del muchacho y su vara, que había vuelto a la normalidad y parecía tan sólo el bastón de un viejo o un tullido.

El suelo estaba cubierto de cadáveres chamuscados. Vanya contuvo la náusea y se apartó. Durante unos segundos contempló la escena, con el olor a carne quemada colmando sus sentidos. Luego volvió la mirada hacia Rhuda, al cinturón de Rhuda, del que colgaba la vaina del puñal.

- No, Vanya- Rhuda notó su mirada interrogante. Sonrió con cansancio. Tenía la sensación de que sus huesos iban a licuarse de puro agotamiento de un momento a otro, con la cabeza latiendo de dolor- Eso no será necesario ahora...

El muchacho no dijo nada, mirándole con una expresión que destilaba asombro, admiración y miedo a partes iguales. Rhuda cerró los ojos y dejó que la bendita locura le arropase.